

de un ciudadano de Magnesia, y á otro, por una canción, el empleo de recaudador de impuestos de cuatro ciudades.

Cuando los diputados de las ciudades reclamaban contra el tributo de diez años que les había impuesto á pagar en dos, contestaba que aun debían darle las gracias de que no se incautara de sus casas y haciendas, como hacía Octavio en Roma, sino solamente del oro, y menos todavía del que habían suministrado á los asesinos de César, y que todavía les tenía la consideración de concederles dos años para pagar el total. Este tributo sólo producía 40,000 talentos y Antonio lo aumentó en el doble exigiendo que se pagara en dos plazos. «Si nos obligas á pagar el tributo dos veces en un año, se atrevió á decirle cierto Hibeas, danos dos estíos y dos otoños: sin duda tienes poder para ello.»

Antonio se acordó, sin embargo, de los que habían sufrido por él: dió á los rodios vastos dominios, que no supieron administrar, y exceptuó del impuesto á Tarso, Laodicea de Siria y Licia, donde Bruto había hecho tantas ruinas y los viajeros modernos han descubierto los restos magníficos ó curiosos de tantas ciudades.

Espantada por las amenazas de Casio, Cleopatra le había suministrado algunas tropas y dinero, y Antonio le pidió cuenta de esta conducta. Cleopatra se trasladó á Tarso á defender personalmente su causa, ó más bien á ejercer sobre el soldado el imperio de sus encantos; y para conseguir su objeto no echó en olvido nada de la estrategia femenil. En efecto, la voluptuosa princesa remontó el curso del Cidno en un gallardo navío con popa de oro, remos de plata y velas de púrpura; y todo en seductora armonía, las liras y las flautas daban la cadencia al juego de los remos y al movimiento de las maniobras. La reina de Egipto, adornada como representan á Venus los pintores, venía muellemente recostada en un pabellón de púrpura y oro; niños vestidos de amores la rodeaban y servían y sus esclavas vestidas de Gracias y Nereidas manejaban el gobernalle y las cuerdas. Los perfumes que se quemaban á bordo embalsamaban el aire hasta muy lejos de una y otra orilla.

«¡Es la misma Venus!» exclamaban los habitantes deslumbrados. Y viene á visitar á Baco.» Antonio cayó en el encanto; y cuando vió á aquella mujer tan hermosa como letrada, que hablaba su lengua y cinco más, que alternaba con él en sus orgías y dichos de soldado, que bebía como él y como él juraba, entonces olvidó á Roma y á Fulvia y á los partos para seguirla, domado y dócil, á Alejandría (41). Entonces comenzaron los excesos de la vida *inimitable*, las cenas suntuosas, las cacerías, las excursiones nocturnas por la ciudad empeñándose en aventuras peligrosas (1).

Mientras Antonio perdía en indignos y licenciosos desórdenes un tiempo precioso, su mujer y su hermano en Roma declaraban la guerra á Octavio.

El primero de enero del año 41, Lucio Antonio y Servilio Isáurico tomaron posesión del consulado, y Fulvia, mujer ambiciosa, intrigante y soberbia, ejercía sobre los dos una influencia que ponía en sus manos el gobierno: el indolente Lépido estaba completamente anulado. Pero la llegada del joven César falseó la posición de esta especie de soberanía. Y la irritación de Fulvia subió de punto aún cuando Octavio le devolvió su hija, con quien se casara el año anterior por complacer á los soldados.

Desde luego exigió Fulvia que las tierras que se habían de repartir entre los legionarios de Antonio lo fueran por ministerio de su hermano Lucio, á fin de que la gratitud

(1) Plut. Anton. 26. A instigación de Cleopatra, hizo matar Antonio á su hermana Arsinoe en el mismo altar de Diana, en Mileto, y permitió que envenenara á Tolomeo, su hermano y esposo.

no alcanzara exclusivamente á Octavio. Octavio condescendió.

Después, como se levantara contra él un concierto de maldiciones en razón del despojo y reparto de las tierras, procuró Fulvia aprovecharse de las circunstancias, teniendo necesidad de turbaciones en Italia para arrancar á su esposo de los brazos de Cleopatra (2). Los veteranos reclamaban las diez y ocho ciudades que se les habían prometido y los habitantes tomaban el cielo con las manos clamando contra la injusticia que los obligaba á pagar por toda Italia.

Fuera de esto, unos pedían indemnización, y otros dinero para cubrir los primeros gastos de instalación ó establecimiento. Entre tanto los nuevos colonos traspasaban sus límites, hacían usurpaciones en los campos vecinos y tomaban todo lo que encontraban á su conveniencia. Los despojados acudían á la ciudad con sus mujeres y sus hijos, lamentándose de su miseria, pidiendo á voces justicia, amotinando al pueblo, que privado de trabajo por los disturbios y de víveres por los cruceros de Sexto, insultaba á los soldados, pillaba las casas de los ricos, y no quería ya magistrados, ni aun sus propios tribunales, para pillar más á sus anchas.

Instigado por Fulvia, sobrevino entonces Lucio, prometió su protección á los italianos expropiados, y aseguró á los soldados que si no tenían tierras ó no tenían bastantes, su hermano los indemnizaría á satisfacción de todos con los tributos extraordinarios que para ellos estaba recaudando en Asia.

Los italianos se enardecieron en su oposición viéndola alentada por un cónsul y se resolvieron á defender sus propiedades con las armas en la mano, estallando á poco en mil puntos á la vez luchas sangrientas.

Por su parte los veteranos acusaban á Octavio de no cumplir sus promesas, y llegaron á tal extremo de indisciplina que parecía inminente una sedición. Un día, en el teatro, uno de ellos se sentó en los bancos de los quirites con mucho sosiego: murmuraron los espectadores, y Octavio para calmar el ruido, hizo salir al veterano. Pero después del espectáculo, la soldadesca rodeó al general con gritos y amenazas acusándolo de haber hecho matar á su camarada por complacer al público, y fué menester que trajeran vivo al soldado para apaciguar á sus compañeros. Con todo eso, se quejaban todavía diciendo que se le había puesto preso, y como el mismo interesado lo negara volviendo por los fueros de la verdad, se revolieron contra él llamándolo embustero y traidor: querían que el traje militar les diera la inviolabilidad.

Otro día, habiéndose hecho esperar Octavio en una revista, se enojaron los soldados y molieron á palos á un tribuno que quiso defender al general; logró el tribuno evadirse de sus manos y se arrojó al Tíber huyendo de los que lo perseguían, pero lo sacaron del río y lo degollaron, poniendo su cadáver en el camino por donde había de pasar Octavio, que se limitó á reprenderles la violencia, y no con palabras duras.

Su situación se hacía crítica: todos le echaban la culpa de los males que sufrían, y aun muchos de sus veteranos, seducidos por las promesas de Fulvia y de Lucio, hubieron de abandonarlo.

(2) Marcial (XI, 21) habla de sentimientos más tiernos de Fulvia para con Octavio, bien que éste no correspondiera á ellos. Marcial tenía muy mala lengua; pero Fulvia se prestaba á la maledicencia. Estaba en terceras nupcias; sus dos primeros maridos fueron dos tribunos famosos, Clodio y Curión, y en su estado de viudez, no había sido inconsolable su dolor por el uno ni por el otro.

Octavio puso en venta el resto de los bienes de los proscritos, tomó prestado de los templos y, haciendo dinero de todo, pudo atraer con larguezas á algunos de los que se le habían ido. Un golpe maestro acabó de restablecer sus negocios: reunió á los veteranos en el Capitolio, les leyó las cláusulas del convenio ajustado en otro tiempo con Marco Antonio, y les declaró su firme resolución de cumplirlas. «Pero Lucio, añadió, Lucio trabaja para derribar el triunvirato, y va á ponerlo todo en cuestión con una guerra, la autoridad de los jefes, y las recompensas debidas á los soldados. En cuanto á mí, siempre dispuesto á mantener el acuerdo, hago jueces de mi conducta, de muy buena voluntad, al senado y á los veteranos.»

Los veteranos aceptaron de buen grado este singular arbitraje, se constituyeron en tribunal en Gabias é invitaron á los dos adversarios á presentarse ante ellos.

El joven César se dió buena prisa en comparecer; Lucio Antonio, acaso temiendo una emboscada en el camino, no se presentó, y Fulvia que en Preneste pasaba revistas con la espada al lado, se burló grandemente del estúpido senado.

Esta escena no dejó de valer á Octavio el apoyo de casi todos los veteranos. Los italianos se fueron naturalmente con los contrarios, que eran los más numerosos. Lucio llegó á reunir diez y siete legiones de reclutas, Octavio no tenía más que diez, pero eran de veteranos, con Agripa por general. Al principio parecía que las cosas iban mal para él: Lucio se apoderó de Roma, que Lépido debía defender, y reuniendo el pueblo le hizo saber que su hermano hacía dimisión de su autoridad triunviral; que pretendería el consulado, según el uso, en cuanto hubiera castigado á Lépido y á Octavio, y que así restablecería la república y la libertad.

Era la contra-partida de la comedia representada en Gabias, una jugada para granjearse la buena voluntad del pueblo, como aquella lo fué para ganarse el ejército. Lucio fué naturalmente proclamado *imperator*, título que por cualquier cosa daba ya la soldadesca, cuanto más que el proclamado le debía por ello el *donativum*.

Pero Agripa lo expulsó de Roma sin grande esfuerzo y lo siguió tan de cerca que lo obligó á refugiarse en la plaza fuerte de Perusa, donde lo encerró con inmensos trabajos de contravalación. Los amigos de Antonio, Asinio Polión, Caleno, Ventidio y otros, se conducían flojamente en esta guerra, como sus soldados, inciertos como estaban de la aprobación del triunviro.

Fulvia, que condujo socorros á su cuñado, no pudo forzar las líneas de los sitiadores, y la guarnición fué diezmada por el hambre, la cual quedó en proverbio con el nombre de *fames Perusina*. Balas de honda lanzadas durante el sitio y encontradas en nuestros días, han guardado su recuerdo. «Tienes hambre y me lo ocultas (*esuries et me celas*)», decía una. A la cual contestaba un traidor: «Estamos sin pan (*sine masa*)» (1).

Obligado, en fin, por los clamores y amenazas de sus soldados, Lucio tuvo que rendirse. Por no dar á su hermano Antonio un pretexto de guerra, se limitó Octavio á relegar á Lucio á España, adonde envió al mismo tiempo á D. Calvino, hombre enérgico que supo mantener esta pro-

(1) En esta guerra de Perusa, Asculo debió de tomar partido por Antonio, porque se ha encontrado al pie de sus muros una bala de honda con el nombre de Ventidio, célebre asculano partidario de Antonio. Otro hecho ignorado de los historiadores se ha revelado por estos singulares monumentos: uno de ellos lleva estas palabras: *Q. Lab. Part. Mar. VII.*; es decir Quinto Labieno Pártico á Marte Vengador. Este Labieno, dueño entonces del Asia Menor, habría enviado socorros al adversario del hijo de César. (Desjardins, *Ball. de Trondé*).

vincia á su obediencia. Octavio perdonó también á los veteranos que se encontraron en Perusa y aun los alistó en sus legiones; pero los magistrados de la ciudad y, según algunos, trescientos caballeros ó senadores, fueron degollados al pie de un altar de César en los idus de marzo del año 40. A cada súplica que se le hacía para salvar á alguno, contestaba Octavio con las palabras de Mario: «Es preciso que muera.»

La ciudad fué entregada al pillaje. Un ciudadano encendió una hoguera, que la devoró, y se arrojó él en medio de



Lucio Antonio (2)

las llamas. A fin de castigar á Juno, su diosa poliada, que tan mal los había defendido, y cuya imagen se llevó Octavio á Roma, como si la diosa hubiera sido su cómplice, cuando los habitantes reedificaron la ciudad, la pusieron bajo la protección de Vulcano, que á lo menos había salvado su templo del incendio.

La destrucción de esta antigua ciudad fué el último acto de crueldad del triunviro; sin embargo, se tenían nuevas proscripciones. Horacio, que no se había incorporado aún, lanza un grito de desesperación y aconseja á los prudentes que para sustraerse á la dureza de aquel siglo de hierro, huyan á las islas Afortunadas (3). Todos los amigos de Antonio se escaparon sin irse muy lejos: Polión se refugió con algunas tropas en los barcos de Domicio Ahenobarbo, que de concierto con Sexto, había conservado el mando de la antigua flota de Bruto (4); la madre de Antonio pasó á

(2) Estatua togada de la colección Coke (Clarac, *Mus. de sculpt.* p. 903, n.º 2346).

(3) Oda XVI del Epodón, publicado después de su muerte.

(4) Este Domicio era hijo de Dom. Ahenobarbo muerto en Farsa-

Sicilia, donde Sexto Pompeyo la recibió con honor. Tiberio Claudio Nero, que había mandado un cuerpo de ejército en Campania, fué también á buscar refugio á la isla; su mujer Livia Drusila y su hijo Tiberio, niño de dos años, huían entonces de Octavio, y estaba en los arcanos del porvenir que la una sería su esposa y el otro su sucesor en el imperio.

En cuanto á Fulvia, acompañada de Planco, se trasladó á la Grecia con sus hijos.

Octavio quedó, pues, dueño de Italia y de todo el Occidente, porque el hijo de Caleno, que después de la muerte de su padre, había tomado el mando de las legiones de la Galia, le entregó esta provincia, y España estaba á su obediencia. El inepto Lépido reclamaba su parte, y fué enviado á Africa con seis legiones de soldados descontentos ó demasiado afectos á Antonio. Llamóse á esta lucha de un año la guerra de Perusa (41-40).

Este ruido de guerra hace olvidar las calamidades que habían caído sobre la península, y hay que recordarlas para acabar de pintar aquellos abominables tiempos. Nada en la historia moderna puede dar idea de los dolores y miserias que hubo de causar aquel despojo de la población rural de Italia. Hízose la primera expropiación á expensas de las antiguas razas itálicas que Sila desposeyó para establecer sus ciento veinte mil soldados; y la segunda, por una justa alternativa, despojó á los que se habían aprovechado de la primera: los hijos de los veteranos del dictador cedieron su lugar á los legionarios del triunvirato. Virgilio fué así desposeído de su pobre patrimonio, cerca de Mantua; Horacio, que después de su huida de Filipos, había vuelto á Roma, perdió también los bienes que le dejara su digno padre, el liberto de Venusia; y Tibulo y Propertio tuvieron la misma suerte. Protegido por Polión y Galo, que estaban encargados del reparto de las tierras en la Cisalpina y conocían sus primeros versos, Virgilio obtuvo dos veces la restitución de sus campos, dos veces invadidos. Pero no todos los propietarios desposeídos tenían buenos versos para rescatar sus bienes: los más afortunados conseguían quedar de colonos en los dominios que hasta entonces habían poseído como propietarios. Los demás mendigaban y se morían en los caminos, ó bien obligados á ir á poblar lejanas colonias, dejaban tras sí en manos extrañas el hogar paterno y el sepulcro de sus mayores:

*Nos patriæ fines et dulcia linquimus arva...
Impius hæc tam culta novalia miles habebit,
Barbarus has segetes (1)!*

El *Ofelo* de Horacio es el retrato de muchos hombres de aquel tiempo; pero no todos eran capaces de decir como él: «A la adversa fortuna, ánimo viril.»

Fortiaque adversis opponite pectora rebus (2).

Cuarenta años hacía que el derecho de propiedad no existía ya en la península; consideración que por sí sola basta á probar la necesidad del imperio, puesto que el término de la república fué para Italia el término de los males, de que no pueden dar idea nuestras más desastrosas guerras.

lia. Bien que no se supiera con certeza si había tomado parte en la muerte del dictador, fué proscrito por Pedio como tiranícida. Fué abuelo de Nerón (Apiano, *Bell. civ.* V, 55; Suet. *Nero*, 3).

(1) Virgilio, *Bucol.* I, 3 y 71-72. Un poemita de 183 versos, titulado *Diva*, que suele atribuirse á Virgilio, contiene también imprecaciones contra los que arrebataron al autor sus bienes.

(2) Horacio, *Sátira*, II, 11, 112-136.

IV. — TRATADOS DE BRINDIS (40) Y DE MISENO (39). — DERROTA DE SEXTO POMPEYO. — DEPOSICIÓN DE LÉPIDO.

Ni los gritos de Fulvia ni el ruido de la guerra habían sido parte á distraer á Antonio de sus delicias, ó mejor dicho, había comprendido que sólo se trataba de una intriga de su mujer. Pero un audaz ataque de los partos, hubo de despertarlo en fin. La dureza y las exacciones del gobernador que había dejado en Siria, arrastraron una sublevación: llamados los partos por los sirios y conducidos por un hijo de Labieno, que se había refugiado en la corte de Tesifonte, invadieron esta provincia y ocuparon el Asia Menor.

En la primavera del año 40, pasó Antonio á Tiro, única ciudad de Fenicia donde no hubieran entrado todavía; y las cartas de Fulvia, allí detenidas, le hicieron saber la guerra de Perusa y la huida de todos sus amigos. Era pues necesario compensar el mal efecto producido por este contra-tiempo reapareciendo con fuerzas considerables en las costas de Italia, y confiando al hábil Ventidio el cuidado de hacer frente á los partos, se hizo á la mar con doscientas quillas, que Chipre y Rodas le dieron, en dirección de Atenas, donde encontró á Fulvia.

La entrevista de los dos esposos fué un cambio de amargas y legítimas recriminaciones, la una sobre la permanencia de él en Alejandría, el otro sobre las intrigas de ella y la guerra de Perusa.

Entretanto precipitábanse los acontecimientos en Occidente y Octavio tomó posesión de la Galia. Era pues preciso atajar esta creciente fortuna, y dejando Antonio en Sición á Fulvia enferma de pesar y de vergüenza, se entendió con el pompeyano Domicio, que le abrió paso á través del mar Jonio, y rompió las hostilidades con el sitio de Brindis. Al mismo tiempo empeñó á Sexto Pompeyo á atacar la Italia meridional: Reggio estaba ya bloqueada; las tropas pompeyanas llegaban á vista de Consencia y Cerdeña había hecho defección.

Octavio parecía en grave peligro, pero sacaba gran fuerza de aquella unión contra él de hombres que la víspera pugnaban como enemigos. Mientras el campo contrario iba á abrigar á un hijo de Pompeyo, á un triunviro y á uno de los asesinos de César, quedaba Octavio como el único representante del nuevo principio, á cuyo alrededor se habían agrupado ya tantos intereses; y tal es la ventaja de las situaciones despejadas y bien definidas, aun en política, que aquella amenazadora coalición era en el fondo poco temible.

El recuerdo de los combates de Filipos estaba aún demasiado vivo en el ánimo de los veteranos del ejército triunviral para que quisieran batirse otra vez unos contra otros: ellos mismos obligaron á sus jefes á tratar, y Cocceyo Nerva, amigo de los dos triunviros, los trajo á un acomodamiento, cuyas condiciones ajustaron Polión y Mecenas: la muerte de Fulvia aceleró todavía su conclusión.

Antonio hizo dar muerte á un consejero de su mujer, que había sido el principal instigador de la guerra de Perusa, y en prueba de su sincero deseo de establecer una buena paz, entregó á su colega las cartas de un teniente de Octavio en la Narbonense, Salvidieno, que le ofrecía entregarle sus tropas. Llamado á Roma bajo un pretexto, el traidor pagó con la cabeza.

Una nueva repartición del mundo romano, dió el Oriente hasta el Adriático á Antonio con la condición de sujetar á los partos; el Occidente á Octavio con la guerra contra Sexto; Scodra (Scutari) en la costa ilírica marcaba el límite común. Dejaron el Africa á Lépido y convinieron en que cuando no quisieran ejercer ellos mismos el consulado nom-

brarían alternativamente á sus amigos. Octavia, hermana del joven César y ya viuda de Marcelo, se casó con el otro triunviro. Acababa entonces de dar á luz al que es acaso el niño predestinado de la IV égloga de Virgilio, á aquel Marcelo, glorioso vástago de Júpiter, que el poeta ha de inmortalizar en el libro VI de la Eneida (40) (1). Los amigos de la paz esperaban que esta joven, respetada de todo el pueblo y tiernamente amada de su hermano, sabría sujetar con sus virtudes á Antonio, conservando así la unión entre los dos señores del mundo romano (2).

Los triunviros volvieron á Roma para celebrar esta reconciliación; aunque las fiestas fueron bien tristes, como quiera que el pueblo carecía de pan, pues Sexto Pompeyo, que quedó fuera del tratado de Brindis, continuó interceptando los cargamentos de víveres. Nada pasaba ante el amago de su flota y los negociantes no se atrevían ya á salir de los puertos de Esmirna, de Alejandría, de Cartago y de Marsella.

A ejemplo de los soldados, la multitud pedía pan á voz en grito, y un edil que obligó á los propietarios á suministrar 50 sestercios por cabeza de esclavo y adjudicó al fisco una parte de todas las herencias, hubo de causar nueva irritación. Los triunviros fueron perseguidos con injuriosa gritería; pero el pueblo no podía ya ni producir un tumulto: unos cuantos veteranos lo acometieron espada en mano y la guerra de Perusa.

Antonio fué quien primero se cansó de esta gritería y apremió á su colega á tratar con Pompeyo. Algunos meses antes se había casado Octavio con la hermana de Escribano Libo, suegro de Sexto, con el designio de abrirse el camino de un acomodamiento por medio de este matrimonio. Libo, en efecto, medió entre su yerno y los triunviros, y Mucia misma, madre de Sexto Pompeyo, representó á su hijo que bastante sangre se había derramado en esta malhadada contienda: con esto cedió Sexto (3) y concurren los tres al cabo Miseno, y trataron en un dique construido desde la playa á la galera almiranta y cortado por en medio, de modo que los negociadores separados por un intermedio que llenaba el agua del mar, podían ajustar las condiciones sin temor de una sorpresa. Pompeyo tenía su armada á su espalda y los triunviros sus legiones á la suya.

Estos convinieron en dejarlo volver á Roma; pero Pompeyo exigió ser recibido en el triunvirato en lugar de Lépido. Con esto se rompieron las negociaciones.

Solicitado por su liberto Menas iba á volver á Sicilia y á reanudar las hostilidades, cuando Libo y Mucia lo trajeron á una nueva entrevista, en la que se ajustaron las condiciones siguientes:

«Sexto Pompeyo recibirá por provincias Sicilia, Córcega,

(1) Propertio (III, 18) hace morir á Marcelo á los veinte años, lo que pondría su nacimiento en el 43, más de dos años antes de la paz de Brindis y la égloga de Virgilio; pero Servio (*ad. Eneid.* VI, 862) le quita dos años. «Cayó enfermo, dice, á los 15 años, y murió á los 18.» Más me inclino á la aserción del docto comentador que á la del poeta. Sin embargo, quedan siempre grandes dificultades sobre el niño predestinado.

(2) Este mismo año, el tribuno Falcidio hizo pasar la ley que lleva su nombre y fué famosa en tiempo del imperio; prohibía legar más de las tres cuartas partes de los bienes y aseguraba á los herederos la otra cuarta parte, la *cuarta falcidia*.

(3) Uno de sus principales oficiales, llamado Murco, le instaba también á tratar; pero su liberto Menas, que mandaba por él en Cerdeña, influía en sentido contrario representándole la conveniencia de dejar que obrara el hambre. No consiguió convencerlo, pero sí hacerle sospechoso á Murco, á quien Pompeyo hizo matar (Vel. Patern. II, 77; Ap. *Bell. civ.* V, 70; Dion, XLVIII, 19).

Cerdeña y Acaya, con una indemnización de 15.500.000 dracmas.

»Tendrá derecho á pretender el consulado, en ausencia, y á hacer desempeñar este cargo por ministerio de uno de sus amigos.

»Los ciudadanos refugiados cerca de él podrán volver á Roma y entrar desde luego en posesión de sus bienes. Los que hayan figurado en las listas de proscripción, sólo recibirán la cuarta parte de los suyos; quedando excluidos siempre de la amnistía los asesinos de César.

»Se concederán á sus soldados las mismas gratificaciones ofrecidas y reservadas á los soldados del triunvirato, y los esclavos refugiados en su flota obtendrán su libertad.

»Por su parte se obliga Sexto Pompeyo á limpiar de piratas la mar, á retirar sus guarniciones de los puntos que ocupan en Italia, y á enviar el trigo que Sicilia y Cerdeña tenían costumbre de suministrar á Roma.

»El tratado se confiará á la custodia de las vestales.»

Cuando, en virtud de este convenio, salvaron los tres jefes la barrera que los separaba y en prueba de amistad y paz se abrazaron estrechamente, un grito unánime de júbilo entusiasmado partió simultáneamente de la armada y del ejército. Parecía que se tocaba ya el ansiado término de todos los males; Italia no iba ya á tener hambre y los desterrados y los proscritos veían ya abiertos los brazos de la patria. Anuncióse á las tropas que un nuevo casamiento vendría á sellar la unión pactada: la hija de Pompeyo daría su mano de esposa al sobrino de Octavio.

Después de esto los tres jefes se dieron mutuas fiestas. La suerte designó á Pompeyo para obsequiar primero á sus nuevos amigos. «¿Adónde cenaremos?» preguntó alegremente Antonio. — En mis *carenas*, contestó Pompeyo; mordaz equívoco que recordaba que Antonio poseía en Roma en el cuartel de las Carenas la casa del gran Pompeyo (4).

En medio del festín, dado á bordo por Pompeyo, dicen que Menas se llegó disimuladamente á Sexto y le dijo al oído: «¿Quieres que corte los cables y te haga dueño de todo el imperio?» Sexto reflexionó un momento y contestó: «Eso se hace y no se dice; Pompeyo no puede hacer traición á la fe jurada.» Anécdota dudosa, cuando menos, como tantas otras que los antiguos refieren. Antes de separarse hicieron, de común acuerdo, la lista de los cónsules para los años siguientes (39).

Las paces de Brindis y Miseno no fueron, sin embargo, más que una tregua para los que las habían firmado; mas para Italia, desde el Rubicón hasta el estrecho de Mesina señalaron el término de las luchas sangrientas. Por espacio de siglo y medio, salvo un solo día, el de la muerte de Vitelio, ni Roma ni Italia vieron ya más su seno desgarrado por la guerra impía. Y cuando surgiendo en la memoria el recuerdo de los galos, de Pirro, de Aníbal, de Espartaco y la historia del último siglo de Roma republicana, se ve, en fin, descender la paz sobre las llanuras de Italia, donde no hay una que no haya sido un campo de batalla, sobre aquellos montes del Apenino que fueron otras tantas fortalezas, cien veces asaltadas, se siente uno impelido á ponerse de parte del que trajo esta paz, bien que á reserva de pedir cuenta á los herederos de la república de lo que hayan de hacer para el resto del mundo.

Después de la paz de Miseno, Octavio y Antonio volvieron momentáneamente á Roma á recibir los testimonios del

(4) Plut. *Anton.* 33; Apian. *Bell. civ.* V, 73. Se tomaron para tales fiestas precauciones análogas á las usadas en la edad media en las entrevistas de los príncipes rivales. Antonio y Octavio llevaron armas ocultas (*Ibid.*).